

PRÓLOGO

por Marta López Gil

la mayor alimento de acunadas tentaciones
se proclama juguete abismal
encarna en celebración y se hunde
tragando lucidez

la del medio en
medio
de volcanes incendiarios de leyes
no organiza resiste

la menor
en lo rojo
se toca la piel ya usada por ellas y mira alrededor
dónde
adónde se llevaron su lugar

Florencia Abadi

Por qué las palabras que siguen no pueden ni deben configurar un prólogo

En el teatro griego y latino, el prólogo es un discurso que se recita antes de la representación de una obra explicándola y pidiendo benevolencia. En algunas obras literarias es un relato breve, independiente de los de la obra, pero que le sirve de antecedente. O si no y en términos más generales, es un escrito que antecede a una obra hecho muchas veces por una persona distinta del autor, con comentarios referentes a la obra misma y, a veces, al autor. Si eso es un prólogo lo que sigue no es un prólogo. Valgan las siguientes razones. Tanto por los contenidos como por su estilo este libro pretendió moverse en medio de los vaivenes de lo horizontal, la relación entre hermanos, y hacer a un lado lo vertical, la siempre interpuesta relación con los padres. De acuerdo con ello la obra pretendió desprenderse de la manera habitualmente imperativa de enfrentarse con los vínculos familiares. Deconstruir, destruir, desterritorializarnos o cambiar de territorio para “pensar de otro modo” sería el objetivo de estos artículos. Segunda razón: contra toda pretensión de realidades *dadas*, por decirlo de alguna manera, la tarea asumida por los autores responde a la convicción de que la familia *no es sino que se hace*, que la hermandad *no es sino que se construye*. Por eso “el hermano de mi hermana no es mi hermano”, aunque pueda ser cierto que “la hermana de mi hermano es mi hermana”. Pero, por otro lado, si la obra no quiere más que lo horizontal también en cuanto a la forma, una forma sin orden jerárquico, no puede haber un lugar privilegiado, no debe colocarse antes de todo lo escrito un *prologos*, un escrito anterior a los demás, un comienzo bien definido, un discurso que explica lo que vendrá ¡nada menos!

Agrego otros argumentos más amplios, menos precisos, pero propios de mi vacilación crónica. Enumero: 1) la complejidad de toda tematización y, por tanto, la introducción de la incertidumbre como variable de cualquier modelo propuesto; 2) la inconclusividad de todo decir, y, entonces, el carácter imposible del libro como objeto teórico –que no se asuste el editor- el cual inevitablemente tiene un punto final; 3) porque yo, no ya los escritores de la obra ni su compiladora -no se los culpe- no estoy dispuesta, en este particular momento histórico, social y cultural de mi vida, a dejar *asentado* nada. No quiero el “López Gil dijo”. Y mucho menos acepto el “¡prologue López Gil!”. ¿Y

entonces? Pues que me he comprometido y que la amistad me pudo ... Y además podría ser que prólogo signifique “invitación entusiasta a leer un libro”. En este caso, no puedo, no pude, eludirlo.

El hermano ¿qué hermano? La hermana ¿la hermana para quién?

Me ubico en una posición, como lo he hecho en cuanto a otros asuntos de la crítica, en terreno que hace a un lado lo mal llamado “natural” y la bien llamada “soberbia de lo universal”. Me pronuncio, en cambio, por una multiplicidad de identidades, por una inabarcable heterogeneidad del sujeto, por una siempre pendiente constitución de la subjetividad. De ahí preguntas tales como la razón ¿de quién?, el lenguaje ¿de quién?, la ciencia ¿de quién?, la subjetividad ¿de quién? En este caso, ¿el hermano o la hermana de quién o para quién? ¿Existe el hermano o la hermana o la hermandad o lo fraterno tales como fueron concebidos por la tradición y por la literatura *psi* en uso o en desuso? Tales preguntas no son obvias y tampoco desean ser sólo provocativas.

La noción de “hermano/a”, podría no ser una categoría útil ya que está cargada de connotaciones provenientes de una configuración familiar que poco deja ver qué significa lo fraterno. Lo impide la interferencia de los vínculos parentales. En ello está implícita la *normatividad* del lenguaje el cual no nos permite, dentro de una comunidad de lenguaje, estar en desacuerdo con el sentido de una palabra, un sentido culturalmente fijado. Siguiéndolo a Wittgenstein, comprender el sentido de una palabra es comprender su uso en la práctica social lingüística. Cuestionar una palabra es, por tanto, embarcarse en el comprometido cuestionamiento de una práctica lingüística, denunciando su carácter *prescriptivo* o *normativo*. Alguien dijo “el lenguaje es un virus”, su fuerza *normalizadora* lo incapacita aún para describir empíricamente relaciones sociales que convertirían a alguien en hermano o hermana, por atenernos a lo cuestionado por la obra, que prologo y no prologo.

La violencia simbólica de las imágenes culturales

Muy frecuentemente, los intelectuales, los académicos, los científicos, se han imaginado a sí mismos como libres de la mistificación cultural. Porque tratan con conceptos, metodologías, entidades teóricas, fantasean con que ocupan una posición elevada en virtud de la cual pueden escrutar los procedimientos que se hallan “abajo”. Tratar sólo con ellos mismos, colocarse junto con Sócrates en una canasta suspendida en el aire, ayuda a mantener esa fantasía intacta cayendo en estereotipados autoengaños. Sin embargo, y esto lo dice Susan Bordo, no sólo los comerciales sobre los jeans tienen una “vida oculta u ocultada” de imágenes y mensajes comunicados y diseminados, y no es sólo cuando encendemos la televisión que entramos en *la crepuscular zona cultural poblada por raras entidades reguladas por convenciones sociales surrealistas*.

En relación con lo anterior le cedo la palabra con gusto a Bronislaw Baczko: las estructuras simbólicas, sobre las cuales se apoya y a través de las cuales trabaja la imaginación social, se construyen sobre las experiencias de los agentes sociales, pero también sobre sus deseos, aspiraciones e intereses. Todo *campo de experiencias sociales* está rodeado de un *horizonte de expectativas y recuerdos, de temores y esperanzas*. La potencia unificadora de los imaginarios sociales está asegurada por la fusión entre verdad y normatividad, informaciones y valores, que se opera por y en el

simbolismo. Al tratarse de un esquema de interpretaciones pero también de valoración, el dispositivo imaginario provoca la adhesión a un sistema de valores e interviene eficazmente en el proceso de su interiorización por parte de los individuos, moldea las conductas, cautiva las energías.

Convenciones sociales surrealistas, expectativas, recuerdos, temores y esperanzas, acosan, embarullan, borronean, desdibujan, no lo sé, lo supongo más bien, las nociones de hermano y hermana. Las frases hechas, los refranes, los personajes mitológicos y los bíblicos, son convocados a participar en ese festín de confusiones lingüísticas y epistemológicas.

El hermano como Otro

Y ahora un ruego: déjeseme referir al hermano/a como otro, como un Otro, como el infinitamente extranjero. Ya sé que me desubico, que me voy de boca, yo, la misma que no quería prologar y que no quiere dejar asentado nada. Pero es que ello me sitúa en la zona en que estoy hoy a mis anchas: la de la ausencia, la imposibilidad y la impotencia. Estoy actualmente pensando con Emmanuel Levinas y Maurice Blanchot, tratando de desarmarme, de abandonar territorios habituales del pensar, de echar a un lado herramientas teóricas conocidas, de desorganizar mi lenguaje.

La labor, dura por cierto, parte de una práctica significantean-árquica que pretende deshacer la violencia semántica de los discursos que las más de las veces se resguardan en la defensa de una pretendida verdad. Verdaderas escaleras o escaladas semánticas y conceptualizaciones obsesivas, son el vehículo elegido para tratar de *ser de otro modo*, de ser no para la confrontación o para la indiferencia frente al Otro, sino para la imposible indiferencia frente a él. La cuestión es evitar el egotismo, el egoísmo y el *conatus* del yo de perdurar en sí mismo, de ser un yo que devora a los otros, que los cosifica. No basta el yo-tú de Martin Buber, esa relación narcisística en busca del compañero amistoso para un diálogo recíproco. No hay en la propuesta de Buber la concreta epifanía del Otro. Solo hay simetría y si la hay, la confrontación y el conflicto son inevitables. Por ello es ineludible recurrir a la figuración de otro tiempo, de un tiempo otro con respecto al lineal y continuo, un tiempo asimétrico, una diacronía.

Es necesario ubicarse en territorio de misterio y exceso, terreno que involucra al Otro y al Infinito o Alteridad extrema. “Todos somos responsables de todo y de todos, y yo más responsable que todos los demás”, frase de Alyosha en *Los hermanos Karamazov* de Dostoievsky, pensamiento que produce “temor y temblor” pero que es síntoma del malestar frente a cualquier ética posible. Poca cosa la ética de imperativos y normas.

La relación con el Otro, si es que se puede hablar de “relación”, se basa en la obligación a que me conmina su *rostro*, concepto este que excede toda “idea” que pueda tener del prójimo, todo contenido de conciencia. Es una proximidad del *cara a cara* que no puede ser subsumida bajo ninguna totalidad, ni instalada en ningún mundo, sino que produce una relación con lo infinito dentro de la finitud. El rostro crea una deuda asimétrica con respecto al otro, y, entonces, desaparece el Yo, el Yo mismo, la mismidad que odia la diferencia y al diferente. Ser uno mismo es ser para el Otro. El decir filosófico no es discurso, no es conocimiento ni tematización. El lenguaje no nace

en la conciencia sino en la proximidad del rostro. El decir es la posibilidad de la sinceridad, no el cierre totalitario de lo dicho de una vez y para siempre, y lo es en tanto y en cuanto el lenguaje no es primariamente comunicación en que se manifiesta la verdad. Así se resignifica la subjetividad entendida ahora como vulnerable des-interés, no como conciencia de sí sino como sustitución y expiación del Otro, como rehén del Otro. Con las entrañas conmovidas, la subjetividad corpórea, encarnada, es desgarrada por el Otro, justo lo que parece afirmar un hermano, uno de los hermanos de Dostoievsky.

Me dejo tentar, por qué no, por una cita, una de Maurice Blanchot: "... la ambigüedad en virtud de la cual estamos dispersos, diseminados, no morando o habitando, sin cesar viniendo y yendo, siempre aquí y allá en ningún lado ... un mundo en que nada es ni presente ni ausente, donde no hay ni proximidad ni distancia, donde todo se escapa, dejándonos la ilusión de tenerlo todo, todo esto es la consecuencia de una oscuridad dispersa y errante que no hemos tenido la fuerza de poner en su lugar". Lo dijo hace mucho, pero su peso en estos tiempos de miedo y desazón es grande. Este es el abismo sobre el cual se aposenta la paradoja del ser humano: pretender *ser uno* y no poder serlo, *convivir con los diferentes* y no lograrlo. ¿No suena mal aquello de "los hermanos sean unidos" ...